

Históricas Digital

José Fernando Ramírez

“Discurso leído en la instalación de la Academia de Ciencias y Literatura (1865)”

p. 399-416

José Fernando Ramírez

Obras históricas V. Poliantea

Ernesto de la Torre Villar (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Coordinación de humanidades

Instituto de Investigaciones Históricas

2003

470 p.

Figuras

(Colección Nueva Biblioteca Mexicana 148)

ISBN 968-36-7805-X (obra completa)

ISBN 970-32-0677-8 (tomo V rústica)

ISBN 970-32-0684-0 (tomo V empastado)

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de junio de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/416/obras_historicas.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DISCURSO LEÍDO EN LA INSTALACIÓN
DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS Y LITERATURA
(1865)



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



NOTA INTRODUCTORIA

Este discurso, leído en el año de 1865 al instalarse la Academia de Ciencias y Literatura en México, como institución paralela a la que Napoleón III creó en París, tiene un doble significado: muestra el inicio de la obra cultural que trataba de realizar el emperador Maximiliano, quien creó esa institución por decreto del 10 de abril de 1865, llamando a colaborar con ella a los intelectuales más notables de esos años, como fueron el doctor Leopoldo Río de la Loza, Luis G. Cuevas, Francisco Pimentel, José María Roa Bárcenas, Joaquín García Icazbalceta y Manuel Orozco y Berra entre otros; y por otra parte revela el amplio conocimiento que de la historia universal tenía José Fernando Ramírez, su vasta cultura y el cuidado riguroso que ponía para estar al tanto de los progresos que en el campo de la historia del Viejo Mundo se realizaban en las instituciones europeas.

Ramírez, asesor muy cercano del emperador de México y entusiasta promotor de toda empresa cultural, acogió y tal vez prohijó la idea de crear una institución sólida reveladora de la cultura mexicana, integrada por las figuras más salientes en sus diversos campos. La selección de sus miembros, distribuidos en tres secciones: filológico-literario, matemático-física y filosófico-histórico, no pudo ser mejor y su programa de trabajo revela gran madurez y suficiente amplitud. El violento fin del imperio no permitió a esta institución producir frutos positivos. Desapareció un año después, en 1866. Fue sustituida por la Academia Nacional de Ciencias y Literatura que creó el presidente Juárez en 1871 y que desapareció a su vez en 1875.

Si el desarrollo institucional se frustró, el pensamiento creado sí fecundó con el tiempo. En su discurso, bien estructurado y redactado, Ramírez sustenta la idea del progreso. Enarbola una bandera que gozaba de prestigio, que se extendía progresivamente, pues respondía al desarrollo político-económico de las grandes potencias. Cree en el acelerado progreso universal y afirma que el descubrimiento y conocimiento de nuevos territorios y de las culturas diversas que en ellos se desarrollaron, posibilita una comprensión más amplia del hombre y fortalece la “ley universal de fraternidad”

Estima que en el mundo se han realizado notables progresos, que los hombres han sabido aprovechar los beneficios que el trabajo, la ciencia, la industria y el comercio traen consigo, intereses no sólo materiales, sino también morales, espirituales e intelectuales. Afirma que los múltiples intereses creados a través de las transacciones mercantiles “y la necesidad de garantizar las personas y las propiedades, perfeccionaron el derecho político, civil y criminal”; que “las relaciones que forman el comercio y comunicación de los pueblos y la conveniencia, ya que no se escucha el deber, de conservar la paz y amistad, crearon el derecho de gentes y templaron la ferocidad de la antigua ley de la guerra”; que “de entre las cenizas y escombros amontonados por un fanatismo impío y cruel, surgió la voz de la filosofía, que lleva escrita en su bandera la ley de amor y caridad. En fin, de entre las ruinas que por todas partes sembró la ignorancia, solitarios beneméritos, consagrados a la piedad y al estudio extraían laboriosa y pacientemente los fragmentos de la ciencia y literatura de los antiguos, que fueran la cartilla y dieran la dicción a la ciencia y literatura de los modernos. La historia, particularmente, les debió servicios inestimables, con el inmenso tesoro de noticias y monumentos que aún no puede consumir la insaciable veracidad de nuestros escritores”.

Si en este párrafo evoca discretamente la labor de tantos cronistas cuyas obras inquietaban ya a los estudiosos de la época como el mismo señor Icazbalceta y Manuel Orozco y Berra, en los siguientes apartados en los que se va a referir al interés despertado en Europa por la arqueología de Egipto y Mesopotamia y a los estudios que sobre esas antiguas culturas se han realizado en forma sorprendente, Ramírez, enterado del desarrollo de los mismos, desde las inteligentes afirmaciones de Atanasio Kircher y sus seguidores, hasta los trabajos de Champollion, Grotefend, Lossen y Rawlinson, va a señalar la existencia de ancianas culturas prehispanicas y de la multitud de sitios arqueológicos existentes en nuestro país. Rápida mención hace de los más salientes: las culturas del occidente, las del golfo, Teotihuacán, El Tajín y Xochicalco y señala que en torno de ellas carecemos de investigaciones rigurosas, de estudios bien informados.

Lamenta el poco interés tenido ante esos testimonio, pero valora con recia justicia algunos de sus elementos esenciales. Su intervención en este campo es un llamado a iniciar amplia tarea arqueológica que permita el conocimiento y valoración de las viejas y desaparecidas culturas indígenas.

Sorprende en esta disertación tanto el conocimiento que poseía en torno de la historia universal, como el reconocimiento que hacía de un patrimonio cultural, arqueológico e histórico, de muy estimable valor que había que rescatar y estudiar. Señala que si no se comprendiera aún el valor de algunos testimonios, tampoco había que dejarse sorprender

por explicaciones vulgares, sin emprender serios estudios para apreciar el valor de algunos restos. Se duele de la destrucción de monumentos de interés y del abandono en que yacían sitios como Tlatelolco y el Templo Mayor y palacios de la ciudad de México, y formula un plan de salvaguarda de esos tesoros.

Pasarían varios años para que exploraciones como la de don Francisco del Paso y Troncoso en Veracruz y los trabajos de Batres pudieran realizarse. Él convocaba a los sabios mexicanos a ocuparse de esas labores que darían a nuestras culturas el valimiento que habían logrado alcanzar los trabajos de especialistas europeos en el descubrimiento y estudio de culturas tan importantes e imponentes como las del viejo Egipto y las de Sumeria.

Su discurso no es sólo un llamado a la salvaguarda de esos testimonios, sino un llamado a estudiarlos. Urgía realizar estudios que permitieran el desciframiento jeroglífico de los modos de expresión del pensamiento indígena, a la lectura de la escritura maya. Reclamaba tanto la atención y protección de los restos arqueológicos y su estudio, como la necesidad de emprender recios estudios que permitieran obtener interpretaciones exactas de las fuentes históricas, alejándose de la molición, la fuerza de las tradiciones piadosas y utilizando el rigor científico, la reflexión inteligente y el trabajo apasionado.

Esta disertación revela, no sólo sólido y amplio conocimiento del proceso histórico universal y también nacional, sino que es vasto plan de trabajo futuro que los estudiosos mexicanos deberían realizar para profundizar en el conocimiento de su desarrollo histórico y valorar sus antiguas, numerosas y valiosas culturas, semejantes a las surgidas en remotas regiones.

Honda reflexión nacida del estudio, y sustentada por el conocimiento adquirido en modernas y pertinentes contribuciones de renombrados especialistas europeos, pero también en el que él había logrado a base de indagar paciente e inteligentemente en las fuentes de nuestra propia historia. Saber sólido, razonable y vasto, y congruente y ambicioso programa de trabajo, es el que manifestó y delineó José Fernando Ramírez en este memorable discurso.

E.T.V.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



DISCURSO LEÍDO EN LA INSTALACIÓN DE LA ACADEMIA
DE CIENCIAS Y LITERATURA, POR EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR
DON JOSÉ FERNANDO RAMÍREZ, MINISTRO DE NEGOCIOS
EXTRANJEROS, ENCARGADO DEL MINISTERIO DE ESTADO,
Y PRESIDENTE DE LA MISMA ACADEMIA

Señor: Señora:

El espíritu elevado del ilustre e ilustrado monarca que rige los destinos de nuestro país, habiendo llevado su inteligente y tierna solicitud del uno al otro extremo del imperio, para establecer y mejorar la administración pública en todos sus ramos, no podía permitir que continuara abandonado a su voluble destino el que en nuestro siglo contribuye tan poderosamente al mayor lustre, honor y estimación de las naciones. Cada siglo tiene sus gustos y tendencias que le dan una fisonomía particular, siempre en pos de la perfección y del progreso, que constituyen lo universal de la creación. Si la barbarie se atravesó alguna vez en el camino de la civilización, dejando apenas visible su huella, no fue para destruirla, porque el hombre nada puede contra la obra del Creador, sino para regenerarla, hacerla después brotar, más pura, más perfecta, más vigorosa. En esta sucesión incesante de destrucción y de reproducción, la grandeza y esplendor de las naciones se buscaron, ora en la dominación de la fuerza, ora en la vanagloria militar, ora en un devoto y belicoso entusiasmo.

La aparición de la ciencia y de la literatura entre esas escenas de luto y de violencia, cambió la faz del mundo; y si bien en su nacimiento recibió un terrible bautismo de sangre, ésta doctrinó a las generaciones venideras, enseñándoles que solamente la paz, la concordia, el trabajo y el estudio, pueden constituir la sólida gloria y prosperidad de los pueblos. Cuando el hombre, comenzando a sacudir los resabios de su rudeza primitiva, dio el primer paso en aquella vía, un nuevo, vasto y rico horizonte se desplegó a su vista y a su investigación. Al ardor febril que consumía la savia de la vida y de la inteligencia en vanas disputas, estériles para el bien, fecundas para la desgracia de la humanidad, sucedió la infatigable y temeraria actividad, que lanzándose a mares y peligros desconocidos, devolvió al seno de la sociedad universal, una gran parte de

la especie humana, separada de la otra durante siglos, que no podemos enumerar, y diseminada en lo que impropriamente se llamó Nuevo Mundo. Y a un poblador de México, Juan Bravo de Lagunas, cupo entonces la gloria de ser el primero que diera la vuelta al globo terrestre, abriendo con su viaje un vasto y rico campo a la ciencia, a la industria y al bienestar.

El siglo de los descubrimientos por mar y tierra, llevaba consigo el de traslación, destinado a hacer cumplir la ley universal de fraternidad, y que reintegra al hombre en la posesión de su derecho a ser considerado como ciudadano en cualquier parte del mundo. Con aquel venía también el cambio de los productos de la civilización por los de la naturaleza, representado en vastas empresas de monopolio, que aunque mercantiles, no constituían el comercio. La industria lo creó, lo fortificó y lo elevó hasta constituirlo en una potencia, y el comercio, convertido en vehículo seguro de comunicación entre los pueblos más remotos, ministró a la inteligencia y al estudio, los materiales para la restauración de las ciencias y de las letras, perdidas en la inundación de la barbarie. La navegación con sus noticias, el comercio con sus cambios, la industria con sus productos y la ciencia con sus investigaciones, ayudándose y sosteniéndose mutuamente, han puesto al hombre en la posesión de conocer todos los accidentes que cubren la superficie de la Tierra, de sondear la profundidad de sus abismos, de medir la inmensidad de los cielos, de seguir el curso de los innumerables mundos que los pueblan, de pesar las sustancias invisibles y de comprimir las impalpables; en suma, de arrancar a la naturaleza sus más recónditos y misteriosos secretos.

Este movimiento y frotación de los espíritus, no fueron útiles solamente al hombre físico y a sus intereses materiales, fuéronlo también al hombre intelectual y a sus intereses morales y políticos. Los numerosos creados por las transacciones de cada día, y la necesidad de garantizar las personas y las propiedades, perfeccionaron el derecho político, civil y criminal. Las relaciones que forman el comercio y comunicación de los pueblos y la conveniencia, ya que no se escucha el deber, de conservar la paz y amistad, crearon el derecho de gentes y templaron la ferocidad de la antigua ley de la guerra. De entre las cenizas y escombros amontonados por un fanatismo impío y cruel, surgió la voz de la filosofía, que lleva escrita en su bandera la ley de amor y caridad. En fin, de entre las ruinas que por todas partes sembró la ignorancia, solitarios beneméritos, consagrados a la piedad y al estudio, extraían laboriosa y pacientemente los fragmentos de la ciencia y literatura de los antiguos, que fueran la cartilla y dieran la dicción a la ciencia y literatura de los modernos. La historia, particularmente, les debió servicios inestimables, con el inmenso tesoro de noticias y monumentos que aún no puede consumir la insaciable voracidad de nuestros escritores.

El siglo último creía haber consumado sus conquistas en los dominios de las ciencias físicas, políticas y morales, y buscando nuevo alimento a su infatigable actividad, se lanzó a las ruinas y a los sepulcros, pidiendo a la destrucción y a la muerte memorias que el tiempo había cubierto con un velo impenetrable. El inmenso cementerio que baña las aguas del Nilo, había permanecido mudo en todas las preguntas. Las figuras y caracteres esculpidos en sus muros, obeliscos y estatuas, insignificantes para los unos y misteriosos para los otros, o no daban respuesta alguna, o las daban tan variadas, que la historia no podía sacar de ellas ningún provecho. El jesuita Atanasio Kircher, hombre de inmenso saber, y de imaginación quizá superior a su ciencia, fue el Edipo intérprete de estos arcanos. Sus sabias elucubraciones sólo contribuyeron a hacerlos más oscuros; suerte que igualmente cupo a las del caballero Pahlin, y de otros, aunque caminando por diversos rumbos. El profundo escritor George Zoega, vislumbró la vida y los tesoros de instrucción que esas figuras fantásticas encerraban para el conocimiento de la historia, de la religión, y de las artes de esos pueblos, depositarias de los conocimientos de la antigüedad. El gran capitán del siglo y de los tiempos modernos, a quien los grandes sucesos que a su voz conmovían el suelo de la Europa, no impedían pensar en el adelanto de las letras; poniéndose a la cabeza de una colonia de sabios quiso también interrogar por sí mismo las ciudades de los faraones. Esta expedición memorable y de gloria imperecedera, dio al ilustre Champollion los medios de hacer hablar en su lengua nativa esos monumentos, por tantos siglos silenciosos. A la luz de estos descubrimientos desaparecieron las falsas ideas y absurdas tradiciones que la ciencia y la erudición descaminadas habían elaborado con tantas fatigas.

Apenas explotada esta mina, apareció otra, perdida durante siglos; más preciosa por su antigüedad y principalmente por sus recuerdos, que nos transportan a la cuna de la restauración de la especie humana. ¿Cuál fue el asiento de la capital del potente imperio de la Asiria; de la ciudad de las maravillas, del poderío, de las riquezas, de los placeres y de la maldición de los profetas? ¿Dónde estuvo Babilonia?... He aquí una pregunta que se repetía de siglo en siglo, y a que se respondían con conjeturas y disertaciones eruditas, sin que ninguno pudiera fijar el lugar. La incertidumbre desapareció en nuestros días, y Babilonia y Nínive y otras ciudades bíblicas han salido a luz, de las tumbas que les formaban sus propios escombros, dándonos a la vez en ellos preciosos y perdidos recuerdos de su historia. Los misteriosos caracteres en que los dejó escritos y que parecían desafiar la sagacidad humana, también han encontrado Edipos. Los ingeniosos y pacientes trabajos de Grotefend, continuados y perfeccionados por Burnouf, Lossen, y últimamente por Rawlinson y

Opps, [sic], hacen esperar que al fin se llegará a la completa lectura de esas páginas de antigüedad tan venerable.

Los monumentos del Viejo Mundo trajeron a la memoria los del nuevo, que no le ceden en edad. Ya desde su descubrimiento se había trabajado en buscar el vínculo de su comunicación; pero como todos los sistemas giraban entonces en el círculo de las ideas dominantes en el siglo, los sistemas se multiplicaron a lo infinito sin provecho sensible. Tomándose solamente en consideración la existencia del hombre americano y relacionándola con la unidad de la especie, establecida por la tradición bíblica, los medios probatorios fueron los que ministraba la escolástica, quedando al ingenio la gloria de inventar el medio más verosímil de traslación del uno al otro continente. Para el hombre se encontraron tantos, que nada nuevo se puede hoy decir; pero todos fracasaron en el tránsito de los animales. Libres pensadores buscaron la solución destruyendo la unidad de la especie. La solución sería satisfactoria; mas admitiéndola, destruimos también la relación entre los hombres y los continentes. La crítica moderna ha tomado otra vía, estudiando el problema en las ciencias naturales, en los varios departamentos de la historia y en la filosofía. Después de haber agotado sus investigaciones en el antiguo mundo y rica con los conocimientos que en él ha adquirido, viene a pedir al nuevo el tan deseado hilo de continuidad. Ha llegado su turno a los estudios americanos.

El campo que se le presenta es vasto, rico y variado, bien que cubierto de la ruda maleza que en él han sembrado a manos llenas, tanto la ciencia como la ignorancia. Más trabajo habrá para escoger que para buscar, y esto en lo conocido, quedando todavía mucho ignorado. Haciendo a un lado el inmenso campo de exploración que presenta la naturaleza en todos sus aspectos y producciones, y fijándonos solamente en la obra del hombre, la podemos estudiar en todas sus graduaciones, desde los primeros y rudimentarios esfuerzos de su inteligencia, hasta la última perfección; perfección por supuesto, relativa, como lo fue la de los pueblos antiguos, que solamente viven hoy en sus ruinas y en sus recuerdos.

Si buscamos la obra del hombre primitivo, la hallaremos aquí en la grosera alineación de piedra seca, idea y forma rudimental de las obras de fortificación y de defensa. Las montañas del Nayarit nos presentarán una que en las tradiciones de sus indígenas conservan el remoto recuerdo de las tribus belicosas del norte que vinieron a buscar un asiento en las tierras fecundadas por los rayos directos del Sol. El ojo del viajero descubre aquí y allá pequeñas aglomeraciones de tierra, en forma piramidal, túmulos humildes destinados a resguardar los despojos humanos de la ferocidad de sus semejantes o de la voracidad de las fieras, idea igualmente primitiva de los soberbios monumentos que en una

época de alta civilización fueron tumbas soberbias, sepulcros suntuosos y mausoleos.

Si buscamos al hombre en el albor de su inteligencia, apartando los ojos de la tierra, donde hallaba todas sus goces y penas, y elevándolos al cielo en pos de esperanzas y consuelos, también lo hallaremos, y muy cerca de nosotros, en la monumental planicie de Teotihuacán; tierra de magníficos y estupendos recuerdos, habitada por los dioses antes que los astros existieran, cuna del Sol y de la Luna, y que en su mismo nombre lleva el título de su origen divino. Allí vemos obras, groseras en verdad bajo el aspecto del arte, pero grandiosas y sublimes cuando se consideran la inmensa y ruda tarea que se impusieron sus constructores, y el sentimiento que les daba fuerza y constancia para llevarlas al cabo.

Allí no hay, en general, más que piedra bruta acumulada; pero esa piedra forma pirámides que por sus dimensiones rivalizan con las de Egipto. La prolongada y anchurosa vía formada por montículos artificiales, y que en la lengua mexicana conservó el nombre de camino de la muerte o de los difuntos, y la vasta construcción de uno de sus extremos, vulgarmente denominada La Ciudadela, han exigido mayor perseverancia y fatigas que las pirámides mismas, porque en el vastísimo terreno que ocupan, se descubren todavía los restos de la argamasa de cal y arena bruñidas, que la cubrían en toda su extensión. Algunos enormes monolitos tallados, ora en figuras humanas, ora en fantásticas, encerrados dentro de los montículos, no dejan dudar sobre el sagrado destino de aquellas rudas construcciones.

¿Y fueron acaso la inspiración de algún déspota, que dominando su vasto poderoso imperio, quisiera reproducir en el valle de México el triste drama que los hijos de Israel se vieron forzados a representar en la tierra de Egipto?... Parece inverosímil, porque ni cerca ni lejos se descubren los vestigios que deja siempre tras sí una metrópoli asolada. Su estado se describe con una sola frase. No hay ruinas de población. No hay siquiera cimientos; más aún, no existe en las inmediaciones la cantera de donde los constructores extrajeron los grandes monolitos de que antes daba noticia. La penosa tarea y prolongados trabajos empleados para su transporte y los mayores impendidos en la construcción de aquella hoy ruinosa solitaria, revelan con toda evidencia la obra del hombre primitivo que da el primer paso del estado salvaje al civilizado, dándonos con él también la prueba irresistible de que el sentimiento religioso es ingénito y tan inseparable de su naturaleza, como cualquiera de los otros que constituyen nuestro ser físico y moral y a los cuales debemos el alto puesto que ocupamos en la obra de la creación. Esas ruinas, sin arte ni aliño, son el monumento conmemorativo del tránsito que hizo el culto religioso, pasando de las montañas a la llanura, donde la pirámide

vino a conservar la reminiscencia de su origen. ¿Cuál fue el pueblo que la edificó?... Lo ignoramos.

A su vista se levantan las montañas de Texcoco, asiento del extinguido y poderoso imperio chichimeca; vivo hoy solamente en las laboriosas obras del arte cinceladas en sus rocas. Si bien no comprendemos el destino de algunas, tampoco podemos aceptar las explicaciones vulgares que les da una sospechosa crítica, bien podemos estar seguros de que allí hubo un arte, y que éste fue inspirado también por el sentimiento religioso, cuando todavía existía el culto en las alturas, y para darle mayor lustre y esplendor. En su obsequio se emprendieron obras gigantes, conservándose aún la huella del dilatado acueducto, que pasando por las crestas de una cordillera, suplida en varias partes por la mano del hombre, venía a surtir los depósitos curiosamente excavados en la montaña sagrada de Tetzcotzingo, y a cuales dan acceso largas escalinatas abiertas en las rocas de su flanco. El vulgo ha querido ver allí un baño del monarca más famoso en la historia y en las tradiciones chichimecas y mexicanas; mas no puede dudarse que esas obras pertenecían también al servicio del culto. Tal vez contenían las aguas lustrales, pues nadie ignora que la lustración formaba una parte esencial en las prácticas religiosas de estos pueblos.

Triste es decir que las dos familias que ocupan el primer lugar en nuestras tradiciones, sean las que nos hayan dejado el menor número de obras arquitectónicas. Nada bien probado conocemos de los toltecas, ni de la adelantada civilización que le dan las historias, bien que debemos considerarla pálidamente reflejada en la de los mexicanos. Muchísimo, en aquella línea, hemos perdido de éstos, porque la ignorancia, el sórdido interés, y un celo bárbaramente indiscreto, pasó el martillo de su asiento. Plazas, calles, casas y la catedral con su amplio atrio, ocupan el lugar del antiguo y vasto templo de los mexicanos. El rastro está construido con los despojos de la hermosa pirámide erigida a la entrada de la calzada de San Antonio Abad. ¿Quién puede reconocer en la desolada plaza de Tlatelolco el inmenso mercado frecuentado por millares de personas? ¿Quién nos podrá decir dónde estaba su gran *teocalli*; quién nos mostrará siquiera los cimientos de los palacios de los reyes?... Todo ha desaparecido... En nuestros días, a la vista de las personas que me escuchan, se ha demolido la pirámide de Tacuba, donde el insensible y fiero conquistador de México lloró el tremendo desbarato, memorable en nuestros fastos, con el sentido renombre de Noche Triste.

Pero si los monumentos arquitectónicos han desaparecido del valle de México, nos quedan todavía fuera de él otros muchos que estudiar y quizá que descubrir, y nos queda gran parte de sus preciosos fragmentos, con una cuantiosa y rica masa de tradiciones originales, bastantes

para saciar la curiosidad literaria de nuestro siglo, y dar sobrado alimento al venidero. Mucho se ha explotado el terreno de la antigüedad mexicana; no obstante, bien puede decirse, sin hipérbole, que aún está virgen, aunque sembrado de áspera maleza.

Se habrá extrañado que al mencionar los monumentos arquitectónicos de México olvidara las famosas pirámides de Papantla y Xochicalco que ofrecen al estudio un dilatado campo. Excúseme la desconfianza habitual con que trato estas materias, temeroso siempre de inducir a otros en error. Dudo que esos monumentos, aunque asentados en el corazón del antiguo imperio mexicano, sean obra de los mexicanos. Páreceme la frontera de una más antigua civilización, separada de su centro por la invasión de aquella familia belicosa. Esos monumentos nos conducen vía recta y quizá por entre extraños, aunque embutidos en el gran todo tales como los palacios de Mitla, hasta entrar en Palenque, proseguir con Yucatán y terminar en Centroamérica; centros verdaderos de una antiquísima y adelantada civilización. He aquí el Egipto americano; foco, en mi juicio, de toda la luz y de todo el saber difundidos en el continente, a lo menos en la parte septentrional, y eclipsado, como lo fue siempre la alta civilización, por la barbarie que viene a reparar y regenerar las fuerzas agotadas por el exceso de la civilización misma.

¡Chiapas, Yucatán, Guatemala, magníficas y misteriosas láminas históricas, conocidas de todos, leídas por ninguno! Mas si el ingenio y la actividad del hombre pudieron arrancar la voz a las losas de Egipto y de la Asiria, mudas durante siglos, ¿por qué las de América no responderán cuando las interroga la ciencia? Investigadores superficiales, y ambiciosos de nombradía literaria, pasando rápidamente la vista por esos monumentos han formulado sistemas y avanzado interpretaciones que la buena crítica desecha, como partos de una flaca y desprovista inteligencia. Verdad es que no los comprendemos; con todo, bien podemos asegurar que en ellos se manifiestan accidentes que apreciamos aun los ignorantes. Cualquiera que haya adquirido alguna noción del arte gráfico primitivo debía reparar, necesariamente, en el agrupamiento simétrico de figuras fantásticas y extrañas trazadas, ya en relación con otras humanas, y dispuestas en la manera que se ven en las lápidas del Egipto y de la Asiria, como las de Palenque; ya en monolitos figurativos de deidades, llenando su pedestal y dorso como las de Guatemala; ya en fin, aisladas y cubriendo toda la superficie de una o más anchas lápidas como otras de Palenque. El código mexicano de Dresde, copiado en la espléndida colección de Kingsborough y el de París recientemente reproducido por la fotografía, nos dan un volumen entero de aquellas figuras misteriosas. Nadie, decía antes, que tenga una ligera noción de la gráfica primitiva podría dudar que aquellas figuras eran los caracteres de una escritura,



idéntica, por su sistema, a la de Egipto, y con aplicación y destino semejantes. ¿Mas quién podía leerlos?... ¿Dónde hallar su alfabeto?... Y aun hallado, ¿en cuál lengua estaban escritos?... Ni cabía siquiera la esperanza de encontrar en América una piedra de Roseta, o una roca de Béhistoun, que nos dieran en sus líneas trilingües la clave de los misteriosos caracteres americanos, como allá dieran la de los jeroglíficos egipcios y la de las escrituras cuneiformes. Pero la esperanza nace viva y ardiente con el manuscrito que el infatigable abate Brasseur ha sacado del olvido en que yació, casi tres siglos, en uno de los ricos e inexplorados tesoros literarios que guarda la corona de España. Si el obispo de Yucatán, fray Diego de Landa, autor de aquel precioso monumento histórico, y los que instruían en las antiguas tradiciones, conocían bien su asunto, una de las primeras y más graves dificultades está vencida. El alfabeto de esa escritura misteriosa se ha encontrado. Queda sólo por averiguar la lengua en que escribían los hierográmatas yucatecos. He aquí el único escollo en que podrán fracasar los esfuerzos del ingenio y de la ciencia.

Pero aun cuando tal fuera el triste destino que la aguardara, siempre quedará vivo un hecho que nos dará la medida del gran desarrollo intelectual de esas generaciones olvidadas, y que la historia literaria recogerá solícita en sus anales. Ese hecho que sabrán apreciar los que conocen cuál fue de difícil, laborioso e infinitamente lento el progreso del arte gráfico, hasta llegar al descubrimiento del alfabeto, que hoy no es permitido ignorar ni a los niños ni a los rudos; los que saben cuántos siglos transcurrieron en penosos ensayos, antes que el hombre hubiera descubierto el estupendo medio de fijar los sonidos y de inmortalizar la palabra, podrán comprender y estimar el adelanto intelectual de los antiguos moradores de Yucatán, sabiendo que sus monumentos gráficos los colocan a más alto nivel que los egipcios. Ellos también habían descubierto e introducido en su escritura, el elemento que constituye toda la vida del arte, y sin el cual no puede existir la escritura.

Los caracteres yucatecos, según los describe el obispo Landa, eran enteramente fonéticos, presentando, respecto de los del Egipto, tres notables diferencias que por su índole les dan en general un justo título a la superioridad. Fueron ciertamente inferiores a los demóticos, última perfección de la ciencia egipcia, bajo el aspecto de la sencillez. Sus formas caprichosas y variados rasgos debían hacer la escritura lenta y embarazosa, cual lo fue la hierática, con la cual presenta bastante semejanza.

Este inconveniente, de mera práctica manual, quedaba superabundantemente compensado con las ventajas que le daban las otras diferencias. La una consistía en el reducido número de sus caracteres, porque con veintisiete signos fijos y sin variantes, completaban su alfabeto, a la vez que los egipcios, según nos lo muestran los interesantes trabajos de

Champollion el joven, eran muy numerosos. La tercera y verdaderamente inestimable ventaja la lleva en su uniformidad, que permitía fijar con toda certidumbre la lectura, porque seis variantes no pueden producir grandes embarazos, a la vez que los abundantes homófonos de la escritura egipcia y la intercalación que solía hacerse de jeroglíficos, ora puros, ora hieráticos, dejan dudoso el sentido, a lo menos para los egiptólogos de nuestros días. Una cuarta, y no menos inapreciable ventaja, podría señalar en la representación de los caracteres fonéticos de las letras vocales, auxilio de que carecía la escritura egipcia y que se extraña en varias de las orientales. Fácil es comprender las equivocaciones a que diera lugar entre personas imperitas. Tal era el estado de adelanto intelectual a que había llegado la antigua familia yucateca, sin duda poderosa y civilizada, y que desapareció en una época a que no alcanzan nuestros recuerdos históricos. Tales son también los preciosos elementos con que el hombre inteligente y laborioso cuenta para arrancarle algunos de sus secretos. Tal es, en fin, el anchuroso y frugífero campo que se despliega a nuestra investigación.

Hasta aquí sólo he presentado un reducido y risueño bosquejo de los ricos tesoros que poseemos, trazado de la manera menos imperfecta que en mi actual situación me era posible hacerlo. Réstame dar una breve idea de las dificultades, inconvenientes y aún peligros que se atravesarán al paso del investigador de la antigüedad americana.

Aunque parezca paradójico diré, que el primero de los inconvenientes, o mejor quizá peligros, se encuentra en la abundancia misma de la ciencia, y más si va acompañada de una imaginación ardiente, o se discurre con ideas preconcebidas. Caminando por esta falsa ruta se encuentra a su término, no con la verdad, sino con el objeto del deseo. Así es como algunos eruditos y piadosos devotos investigadores de nuestra antigüedad veían en ella las huellas y aun las prácticas del cristianismo, disfrazadas o pervertidas por los ritos gentílicos de los mexicanos. Así también, por tomar apretadamente a la letra algunas palabras del evangelio, convirtiéndolas en una ley de la historia, se ha traído, ya el apóstol santo Tomás, ya a san Bernabé, para predicar en la América la doctrina del crucificado. Así, escritores respetables que forman autoridad en la materia, vieron el diluvio y la confusión de las lenguas en un manuscrito mexicano pictográfico que, examinado sin preocupación, nos da tan sólo memorias de sucesos acaecidos en nuestro suelo. El océano desbordado y la torre de Babel que allí veía la imaginación, están a las puertas de esta ciudad. Así, en fin, se vio la historia completa de la pasión del Salvador en otro manuscrito, igualmente pictográfico, que representaba las querellas de dos pueblos sobre posesión de tierras.

Los extravíos de la piedad y de la erudición sagrada, mal encaminadas, se reprodujeron en los trabajos de la erudición y crítica profanas,



mudando sólo de objeto. La tendencia más o menos sistemática de ambos, será siempre un obstáculo al descubrimiento de la verdad, fin y objeto de toda investigación. Los escritores profanos siguieron diversos rumbos, tomando por medio de averiguación y criterio, para establecer la conexión entre ambos continentes, los usos y costumbres de sus habitantes. La vía era recta, mas también le descarriaron, ya por sistemáticos, ya por noveleros. Sus producciones dieron materia al inmenso y curioso repertorio de erudición que sacó a luz por segunda vez, el editor del dominicano fray Gregorio García, y que más que una biblioteca o historia literaria de los investigadores de los orígenes americanos, parece una sátira de sus autores. Quien leyere ese libro debe perder la esperanza de decir cosa nueva, porque no hay, quizá pueblo alguno, que no encuentre allí un título de primer poblador del Nuevo Mundo. Reclamóse en favor de los egipcios desde los tiempos inmediatos a la conquista mexicana. Olvidados mucho tiempo por los hebreos, han recobrado en nuestra época sus derechos, contando entre sus defensores una falange numerosa de sabios, nutridos con toda la ciencia de los antiguos y guiados por los torrentes de luz que sobre ella derraman los descubrimientos de los modernos.

He aquí las dificultades y peligros que antes señalaba a los investigadores de nuestra antigüedad; de aquí vienen las malezas que decía cubren su terreno y que es necesario desviar para descubrir su propio fondo. Todo sistema es un obstáculo al descubrimiento de la verdad. La comparación de las obras del arte, de los usos, costumbres, instituciones, prácticas civiles y religiosas de los diferentes pueblos, son sin duda alguna el medio necesario para reconocer su conexión y relaciones; mas debe emplearse con severa crítica. Los que solamente conceden a las familias americanas la facultad de imitación, o no conocen la historia de la humanidad, o desechan sus lecciones. ¿Por cuál razón, un ser dotado de inteligencia y con órganos adecuados a su ejercicio, guiándonos de la luz divina que le infundió su Creador, no podría descubrir lo que otro descubrió en remotas e ignoradas regiones?... Tampoco por esto deberá de rechazarse toda idea de relación. Ha existido, sin duda, mas no la que vulgarmente se imagina, ni en la forma que se busca.

Esto que para mí es un punto firme de creencia, podría ser un error. A vosotros, señores académicos, está particularmente encomendada la tarea de desvanecerlo. Tenéis a vuestra disposición todos los medios. A la vanguardia de esta nueva empresa de exploración literaria, se ha colocado ya la Europa científica, llevando la bandera la nación ilustrada a quien se deben los primeros descubrimientos y conquistas de la antigüedad africana y asiática. El vástago ilustre que ocupa el trono del gran capitán del siglo, siguiendo los pasos de sus glorioso antecesor, ha insti-



tuido ya en París una academia especial para su estudio y dispensando su protección a la que en México dirige su representante, tan estimable por su ciencia como por las prendas personales que lo distinguen. El sabio y magnánimo soberano que rige nuestros destinos, y que reuniendo la ciencia del gobierno a la de las letras, se esfuerza en colocar nuestro país a la altura a que lo llaman sus destinos, dispensándonos una amplia y munificente protección, llama a su lado, y constituye en academia a las personas que juzgó capaces de llevar al cabo su patriótico y generoso intento. Nosotros, los poseedores de esos monumentos, de esas tradiciones y de los ricos tesoros que encierran, no podemos hacernos sordos a su voz. Sigámosla. Aceptemos también reconocidos la generosa ayuda con que nos brinda la sabia Europa; mas una vez puestos a la obra, coloquémonos en el lugar que nos pertenece; en el que nos señalan el amor a nuestro país y a la ciencia; en el que nos indica la luz de nuestro ilustre soberano, de acuerdo con el que nos prescribe el honor nacional.

[El Diario del Imperio]



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS